

Breve vida de la santa y gloriosa mártir

EULALIA de Barcelona

cuya fiesta se celebra el 22 de Agosto

Siglo III después de Cristo. Nos encontramos en la Península Ibérica, conocida en los Hechos de los Apóstoles por el nombre de SPANIA. En la región costera oriental de España, en Cataluña, y, más concretamente, en la ciudad de Barcelona, ve la luz la futura protectora y patrona de la gran urbe que es hoy día. Eulalia es hija de una devota familia cristiana. Su educación se hace "en disciplina y amonestación". El recién plantado paraíso en tierra española, es decir, la Iglesia Española, produce una flor de rara belleza física y espiritual, que ya ha alcanzado la edad de doce años: Eulalia.

En el gran imperio Romano reinaban Diocleciano y Maximiano, los cuales dieron orden de persecución contra los cristianos en todo su vasto territorio. Las órdenes eran estrictas. La sangre de los mártires cubría como un manto de púrpura el cuerpo de Cristo, es decir, la Iglesia. El sanguinario Daciano fue enviado por los tiranos a España para aplicar los decretos de la gran Persecución, y terminar, de una vez, con esa molesta cizaña de la todopoderosa y divinizada Roma.

Todos tenían miedo, muchos se escondían para no ser vistos, por si acaso no pudieran resistir a la tentación.

Sin embargo, un tierno, casi infantil, corazón se regocija y se alegra con divino gozo interior. Es la joven de Barcelona, Eulalia, que salta de amor por Cristo. Quiere pregonar en todas partes su venida.

Decide marcharse en secreto del techo paterno. Sigue los

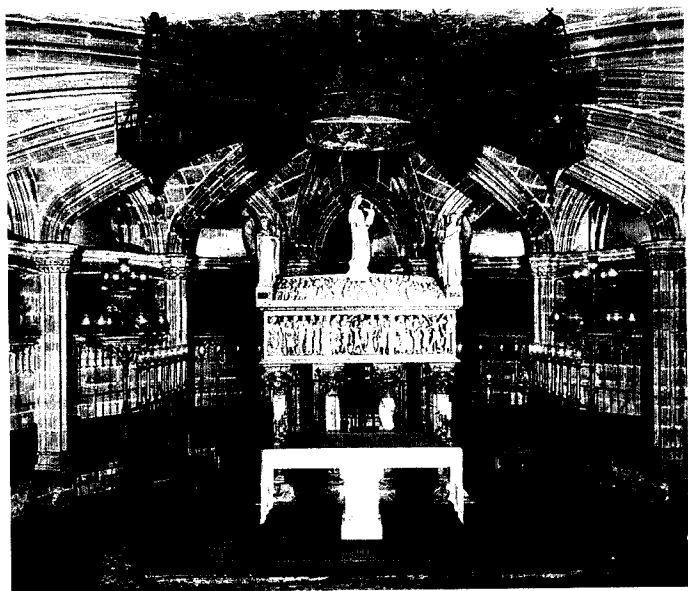


deseos de su alma pura y corre al encuentro del Novio. En el tribunal se presenta con valentía ante Daciano. Al principio, el coraje de su confesión voluntaria deja perplejo a Daciano. Después se da cuenta de que tiene delante a una niña pequeña y piensa que un pequeño castigo será suficiente para hacerla volver a su estado normal. Ordenó, pues, a sus soldados a prender a Eulalia y llevarla a hombros por las calles más frecuentadas de Barcelona para azotarla. De esta manera, ridiculizando a la pequeña cristiana, Daciano estaba seguro de que cambiaría de idea. Sin embargo, ocurrió lo opuesto. Sin sentir la más mínima vergüenza, por el contrario, orgullosa de sufrir por el nombre de Cristo, Eulalia brillaba de luz sobrenatural, que la rodeaba completamente, e hizo que los viandantes que la miraban se maravillasen de la fuerza y la perseverancia en la fe que la había otorgado el Señor. La humillante marcha, para los no creyentes, se convirtió en la victoria triunfante de Cristo por Eulalia, y los ojos de muchas almas se abrieron a la luz. Creyeron y se unieron a la Iglesia de España.

Entonces, el salvaje Daciano mandó que despojasen a la niña mártir de todas sus vestimentas, que la atasen a un poste y que desgarrasen sus carnes con horcas de hierro. Después de esta tortura encendieron antorchas hechas de estopa mojada en líquido inflamable y empezaron a quemarla.

La mártir de Barcelona sonreía condescendentemente y se burlaba de sus verdugos por su incapacidad de disuadirla, o mejor por la estupidez y ceguera de los que se metían con la Fuerza de Aquel que daba fuerzas a una muchacha sin fuerzas de doce años.

La siguiente fase, después del fracaso de todo lo anterior, consistía en arrojar a la niña a una fosa de cal, a la que habían añadido aceite caliente y plomo líquido. El Señor, sin embargo, como antaño con los tres jóvenes en el horno de



View of the Cathedral crypt.

fuego, roció a Eulalia e hizo que olvidase los dolores de su cuerpo y se alegrase en los sufrimientos.

Entonces los verdugos, habiendo visto y revisto, ataron a Eulalia a una cruz. Ángeles bajaron para recibir al alma valiente de la niña virgen de Barcelona. Los fieles presentes en el momento de su muerte vieron su alma en forma de paloma blanca rodeada de luz ascender hacia la gloria de los cielos. El cuerpo de Eulalia fue venerado enseguida, no solamente por sus conciudadanos, sino también por todos los catalanes, los españoles y la Iglesia del sur de Francia. Hoy la protectora y patrona de la bella Barcelona descansa en una urna en la catedral católica romana de la Ciudad. Muchos turistas ortodoxos no se olvidan de venerar y pedir ayuda a la primera mártir española. Y nosotros, toda la Iglesia de Cristo, que no ha cambiado nada de todo cuanto transmitieron los Apóstoles y enseñaron los Padres, rezamos:

Santa primera mártir de la Península Ibérica, ruega a Cristo Dios por Quien has sufrido, que conduzca de nuevo al seno de la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica, a todos los pueblos de nuestro viejo continente, Europa. Amén.

Megalinarion

Salve, esplendor de Barcelona,
esposa del Señor en la tierra de los Españoles;
de tu propia sangre
has teñido tu túnica,
o virgen mártir Eulalia.